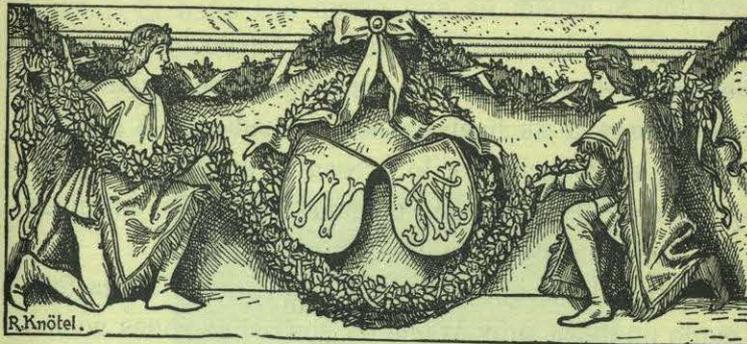


pequeña y desmedrada, apoyada en el pecho, ó sobre la cadera cuando monta á caballo. Los dedos de la mano estropeada no se hallan enteramente paralizados, y, aunque la extremidad superior del radio no encaja bien en los cóndilos del húmero, el miembro no es inerte. Aunque el emperador no puede levantar ni servirse de ningún objeto con la mano izquierda, puede cogerlo y sostenerlo. Así es que sujeta las riendas con esta mano, pero guía su caballo con la derecha ó con las rodillas.

La mano sana de Guillermo es gruesa, fea y de un contacto poco agradable. Cuando estrecha otra, lo hace con una fuerza inmoderada que, á veces, lastima.

Los que afirman que el emperador tiene un cáncer en el oído izquierdo, no tienen ninguna prueba positiva en que fundar su aserto, pues los mismos médicos se hallan indecisos é incapaces de sostener que el soberano de Alemania padezca esa horrible enfermedad.

Lo cierto es que el pequeño *recluta*, anunciado á los berlineses por el capitán general Wrangel, á pesar de sus achaques y á pesar de la tradición de los Hohenzollern, fué declarado «útil para el servicio de las armas» y apto para gobernar.



CAPÍTULO II

Primeros años de Guillermo II. - Anécdotas. - Primera recepción del pequeño Fritz. - Una frase del rey Guillermo. - El príncipe Guillermo refractario al baño. - Su instrucción elemental. - En Cassel. - Segunda enseñanza. - El profesor de francés. - Sus memorias. - Laboriosidad y pundonor de Guillermo. - Su afición á la bella prosa y á la poesía. - Su héroe predilecto. - La princesa Victoria, educadora de sus hijos. - Grandeza de alma del joven Guillermo. - Educación del príncipe bajo la dirección del general Goldberg y del doctor Hinzpeter. - Retrato moral del educando. - Su socialismo. - Curiosa anécdota. - En la Universidad de Bonn. - Guillermo cambia de actitud y de conducta. - Costumbres estudiantiles. - Pendencias y cuchilladas. - La Borussia. - Excursión á París. - Herencias intelectuales y morales. - Aspiraciones marítimas. - Autores favoritos de Guillermo. - Su aversión á Racine. - Su aprendizaje político bajo la dirección de Bismarck. - Aventura del futuro kaiser con un cochero de Viena. - Sus cualidades como militar. - Varias anécdotas.

Los primeros años del príncipe Guillermo no ofrecen un interés muy trascendental para la historia, aunque los biógrafos más ó menos officiosos del actual emperador refieren acerca de su infancia una infinidad de anécdotas ensalzadas á porfía. Uno de ellos celebra, con pomposo lirismo, un simple episodio que titula «la primera recepción del príncipe real de Prusia.»

Un grupo de ricos burgueses de Berlín había manifestado el deseo de rendir homenaje al recién nacido y cerciorarse de su buen aspecto. Accediendo á su instancia, el konprinz se lo presentó, un día, con gran pompa, en el palacio de Potsdam. Guillermo, entonces aún no había cumplido nueve meses.

Es indudable que el infantito aún no se había formado una idea muy exacta de sus obligaciones sociales, porque, durante toda la ceremonia, se obstinó en dar continuamente gritos desgarradores. Semejante música ensordecía á los notables, que no lograban entenderse y empezaban á reír de tan embarazosa recepción, pero de dientes afuera. Á uno de ellos se le ocurrió hacer bailar su reloj de oro ante los ojos del niño, quien, al ver los vivos reflejos de aquel objeto, se calmó en seguida. Pero no hubo más remedio que abandonarle el cronómetro, que el angelito empezó á manipular y á morder con ahinco.

Cuando, terminada la recepción, el dueño del reloj trató de recuperarlo, el pequeño príncipe en manera alguna lo quiso soltar. Su abuelo, que presidía el acto, despidió á los ricos burgueses, y, para consolar al que, ligeramente desconcertado, se iba sin su cronómetro, le dijo riendo:

—¿Ve usted? Mi nieto es un verdadero Hohenzollern. ¡Cosa que él coge, no la suelta!...

Cuando tuvo uso de razón, no le consintieron tan fácilmente sus caprichos. Como todos los hijos de Federico III, recibió una educación exenta de toda debilidad y que no excluía, en ciertos casos, las correcciones corporales.

La cosa que más extorsión le causaba era que lo la-

vasen. El baño frío diario que su madre le imponía según la costumbre inglesa, le causaba verdadero horror. Para evitarlo, escapaba, siempre que podía, de manos de los criados, y no paraba hasta el extremo del



El príncipe Guillermo con su primer caballo. (De fotografía)

jardín, donde se complacía en pasar una y otra vez por delante del centinela, lisonjeado, en su orgullo naciente, de que un soldado le presentase las armas.

Cierta mañana en que se había esquivado de esta suerte á la hora del baño, llegó, muy satisfecho de su escapada, á la terraza de palacio. Viendo de lejos á un granadero de guardia, corrió hacia él con la esperanza de ser saludado militarmente. Pero, en vano pasó va-

rias veces por delante del soldado. Éste, sin hacerle caso, continuó tranquilamente su paseo automático y no le presentó las armas.

Desconcertado, el vanidoso chiquillo volvió corriendo á palacio y se fué en derechura al gabinete de su padre, donde se precipitó llorando.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó el kronprinz.

El niño explicó que, contra la costumbre, el centinela no le había presentado las armas. Su padre pareció de pronto muy sorprendido y enfadado. Pero sentando luego al muchacho sobre sus rodillas y examinándolo de pies á cabeza, le dijo, después de una pausa:

— ¡Hijo mío! el centinela no ha hecho más que cumplir con su deber.

Más asombrado que nunca, el niño preguntó:

— ¿Por qué, papá?

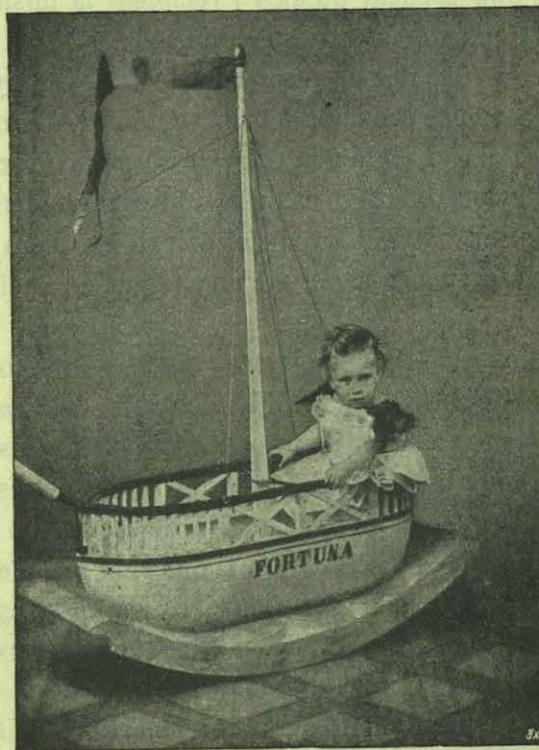
— ¡Porque ningún soldado debe presentar las armas á un príncipe sucio!...

Esto dicho, el padre continuó su trabajo sin ocuparse ya del rapazuelo.

Inútil es decir que toda esta escena había sido premeditada por el mismo kronprinz, quien, contando con el amor propio de su hijo, había dado las órdenes oportunas para llevar á cabo aquel pequeño complot. La lección fué provechosa. Semejante humillación mortificó tanto á Guillermo, y tuvo éste tanto miedo de perder el beneficio de sus prerrogativas reales, que, desde entonces, fué el primero en reclamar su baño.

El príncipe Federico y la princesa Victoria se habían instalado en el palacio de Potsdam, después del nacimiento de su hijo mayor, que recibió allí los primeros

elementos de su instrucción, entregado en manos de preceptores. Además de las ciencias y las letras, los ejercicios físicos, principalmente el *canotage* y la gim-



El príncipe Guillermo en su primer barco. (De una fotografía)

nasia, fueron inscritos en su severo programa de educación, trazado por su ayo, el Dr. Hinzpeter.

Mientras estudiaba, se sucedieron tres guerras importantes, la danesa, la austriaca y la francesa, que, modificando profundamente la constitución política de su país, terminaron con la unificación de Alemania y la proclamación del imperio.

Después de la campaña de Francia, su padre y su

abuelo se ocuparon de la educación de Guillermo. El padre, sobre todo, manifestó, acerca del particular, intenciones imprevistas. Exigió que su hijo se matriculase en una escuela pública y recibiese la misma instrucción que sus futuros súbditos.

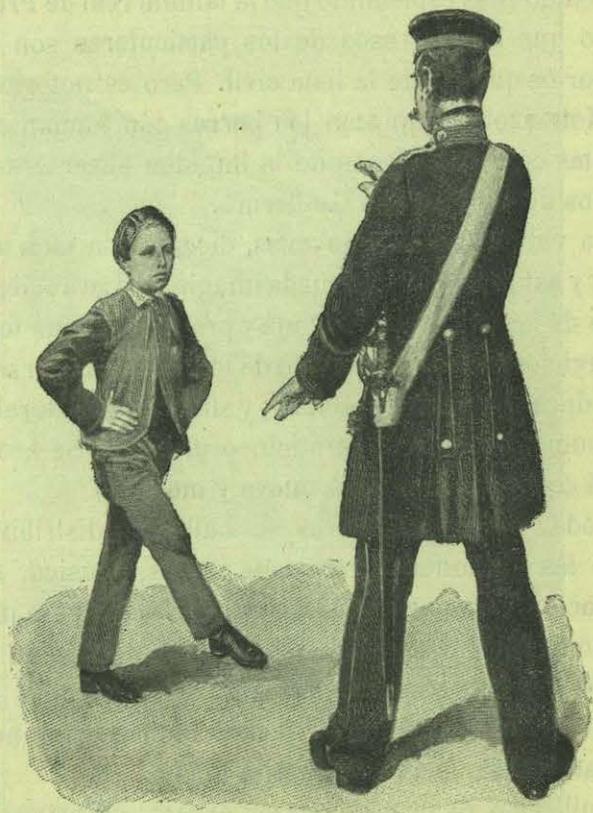
Lo enviaron al gran gimnasio (1) de Cassel, y fué el primer príncipe prusiano que se sentó en los bancos de aulas públicas. Habitaba con su hermano Enrique y su preceptor un viejo castillo, antigua residencia de gran elector, situado cerca del colegio, y, fuera de las horas de clase, vivía allí en una reclusión casi absoluta.

Los dos príncipes recibieron en aquella época, es decir desde 1875 hasta 1877, lecciones de Francisco Ayme, como profesor de francés. Aunque la misión de éste era muy delicada, después de los desastres de su país, la desempeñó á satisfacción de todos, sin servilismo ni adulación cortesana. Había sido recomendado por Thiers á la princesa Victoria, y son preciosos los datos que sobre Guillermo encontramos en sus «Recuerdos de Cassel.»

Cierto es que Ayme, bajo la influencia de su admiración por su discípulo favorito, que tenía sobre su hermano la ventaja de conocer ya la lengua que le iban á enseñar, y era bastante expansivo para no disimular ninguno de los repliegues de su alma de futuro emperador, muestra alguna parcialidad en favor de él; pero arroja viva luz sobre la personalidad de Guillermo en aquella época de su juventud.

(1) Así se llaman en varios países europeos, y principalmente en Alemania los establecimientos de enseñanza equivalentes á nuestros Institutos provinciales.

«Yo cobraba 150 marcos al mes, dice en el único pasaje de su libro en que se descubre un poco de amargura, porque hay que confesar que—como profesor de



Ejercicios gimnásticos del príncipe Guillermo. (De fotografía)

príncipes imperiales—percibía un sueldo irrisorio. De este ligero ingreso tenía que separar desde luego la suma necesaria para mi hospedaje y manutención, y, con el resto, subvenir á mis demás necesidades... Me parece, sin embargo, que por agradecimiento á los biliones embolsados, hubieran podido retribuirme más

generosamente. Tanto más, cuanto que los viajes de ida y vuelta corrieron por mi cuenta. Es probable que cualquier industrial ó comerciante inglés ó francés hubiera sido más espléndido que la familia real de Prusia. Y eso que los ingresos de los particulares son más aleatorios que los de la lista civil. Pero es notorio que los Hohenzollern no atan los perros con longanizas.»

Estas consideraciones no le impiden hacer grandes elogios de su discípulo Guillermo.

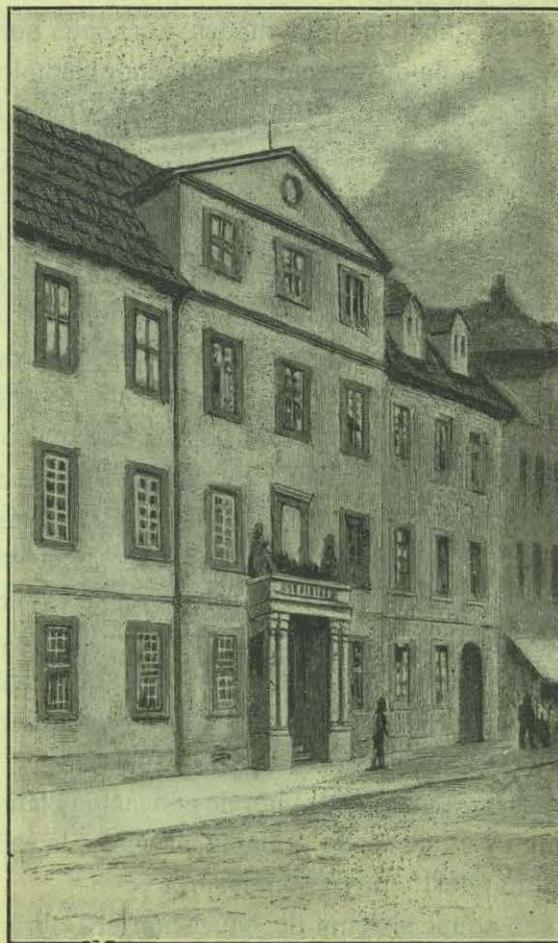
«La vida de aquellos jóvenes, dice, era la más tranquila y estudiosa que se pueda imaginar. Levantábanse antes de las seis de la mañana y preparaban sus temas y ejercicios hasta el momento de ir á clase. Almorzaban á las doce y comían á las cinco; y sus comidas duraban, á lo sumo, de veinte á veinticinco minutos. Se acostaban á cosa de las nueve ó nueve y media.

»Todas sus horas libres se hallaban distribuídas entre las lecciones de francés, inglés, música, tiro, equitación y un paseo. Estaban autorizados para jugar un momento con sus condiscípulos, lo que hacían con un ardor y una alegría nada simulados. Cuando eran sus días ó los de sus padres, podían indicar una función de teatro á la que asistían por la noche.

»Guillermo recibía 20 marcos al mes, y Enrique 10. Con esta subvención tenían que pagar sus caprichos y los objetos de lujo de un estudiante, como papel para cartas, sobres y demás, amén de los regalos con que gratificaban á los criados que les servían. Estos donativos no brillaban, naturalmente, por su valor artístico ni por su valor material.

»No creo que á Guillermo se le castigase nunca en Cassel. Era demasiado pundonoroso para acarrear

una observación que, para él, hubiera revestido la forma de un verdadero castigo. Tanto en casa como en el cole-



Liceo de Cassel, donde estudió Guillermo hasta los 18 años

gio ponía empeño en portarse bien y trabajar como si él mismo se hubiese trazado su programa. En su clase era siempre de los primeros. Por mi parte, nunca tuve necesidad de estimularlo, y volvía á hacer con mucho gusto

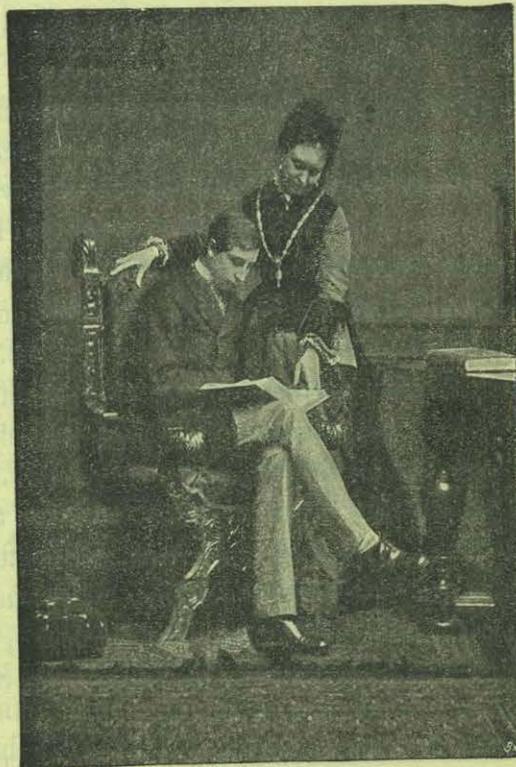
y detención el tema en que yo le señalaba incorrecciones. Nuestro trabajo comprendía gramática, lectura analizada y explicada, dictado, composición, etc.

»No le asustaban las dificultades, y acababa por vencerlas á fuerza de obstinación. Si leía, por ejemplo, una página de bella prosa ó un poema, de Víctor Hugo sobre todo, no le gustaba que le interrumpiesen, pues se sentía subyugado por la maestría del autor. El buen estilo y la poesía le entusiasmaban. Saboreaba la pureza de la forma y se dejaba arrebatar por las ideas generosas ó nobles. Federico el Grande era su héroe predilecto, el modelo que siempre tenía presente y se proponía imitar, como á su abuelo por quien sentía una profunda veneración. Se comprende que, después de diez ó doce años de estudios tan nutridos y continuados con regularidad y método, el príncipe Guillermo poseyese un caudal literario y científico más variado y más extenso que la mayor parte de sus camaradas. Justo es reconocer también que pocos jóvenes consagraron al estudio tantas horas como él. Veíase más obligado á trabajar y más privado de libertad y recreos que cualquier otro muchacho de su edad.

»Cosa curiosa. En aquel plan de educación elaborado con tiempo y en que todo se había previsto, la religión ocupaba un puesto muy secundario...

»Y como aquel sistema de educación era obra de la princesa Victoria, sus enemigos la acusaban de inculcar á sus hijos los principios y doctrinas de los liberales. El alma de los pietistas prusianos se estremeció con frecuencia de indignación, y más de una vez maldicieron éstos á la inglesa que ponía una mano sacrílega sobre sus piadosas tradiciones. Educado ó no

devotamente, el príncipe Guillermo era un buen muchacho, y ojalá todos los vástagos de los puritanos más austeros del Norte conservasen hasta los diez y ocho



El príncipe Guillermo y su madre la princesa Victoria

años y en el mismo grado, sus virtudes y su pureza de costumbres!»

Pero más que todos los elogios del maestro habla en favor del discípulo un rasgo en que la actitud de éste con aquel patriota tocado de la manía de hablar de política, revela una nobleza de sentimientos y una grandeza de alma poco comunes en un chico de diez y seis años.

La candente cuestión de la guerra francoprusiana había suscitado entre discípulo y maestro una discusión que, á pesar de la cortesía de Guillermo y de sus simpatías por la Francia, se agrió. El profesor se había excedido, y el príncipe se retiró después de una réplica desabrida.

Durante algunos días guardó cierta frialdad con Ayme; sin embargo, fué el primero en ceder y excusarse. Llamó aparte al maestro y le dijo de pronto: «Siento vivamente que tomaseis en serio un juego de palabras sin alcance alguno, y que os haya disgustado. Y lo siento tanto más cuanto que herí en vos uno de los sentimientos que más respeto en este mundo, el amor patrio.»

Hay que advertir que dirigían entonces la educación del príncipe dos hombres de gran corazón y de elevadas ideas: el general Goldberg y el Dr. Hinzpeter. Cuantos tuvieron ocasión de conocerlo á fondo en aquella época, convienen en afirmar que era muy estudioso, de una inteligencia abierta, perspicaz, clarísima, pero demasiado aficionado á la retórica, al aparato, y á no sé qué idealismo caballeresco impregnado de romanticismo.

Se constituía en campeón de todas las causas nobles; se mostraba liberal y tolerante; pretendía, por ejemplo, no establecer distinción alguna entre nobles y plebeyos, entre judíos y demás creyentes; declaraba que valía más ocuparse en mejorar la condición de los desheredados que conducirlos á la carnicería de las batallas; hasta había imaginado un medio original de suprimir las matanzas de hombres, y este medio consistía en obligar á los ministros, que las hacen inevitables, á batirse entre ellos en combate singular. Se procla-

maba, en fin, socialista, y, para que nadie pudiese poner en duda la sinceridad de sus opiniones, procuraba armonizar en lo posible sus actos con sus palabras.

Así fué que, en 1876, anuncióse que el príncipe Guillermo había invitado á un joven israelita, condiscípulo suyo en el gimnasio de Cassel, á pasar con él las vacaciones de Navidad en Potsdam y en Berlín. Hubo un clamoreo general, y como los periódicos enconaron el incidente con sus comentarios, se tuvo que abandonar el proyecto.

Ayme refiere que la princesa Victoria, en una de las visitas que hizo á sus hijos en Cassel, colmó de elogios al mayor, á quien admiraba particularmente, enumerando sus cualidades con una alegre y maternal satisfacción.

—¿Verdad que vale mucho este chico?—decía al profesor de francés.—¿Verdad que tiene disposiciones? ¿Verdad que honra á los suyos?...

Pero esta madre no estaba únicamente dispuesta, como todas las madres, á atribuir á sus hijos el mayor número de perfecciones posible. Los quería sinceramente adornados con toda clase de bellas cualidades, y armados de todas las virtudes. Fué su verdadera educadora y procuró formar sus almas á imagen de la suya, elevada, noble y leal.

Á los diez y ocho años, Guillermo salió de Cassel con el bachillerato y una de las tres medallas reservadas á los alumnos más aplicados.

Luego se matriculó en la Universidad de Bonn, donde su padre había completado sus estudios.

Hasta entonces, el futuro amo de Alemania se había mostrado afable y reflexivo; sin ambición ni orgullo,

satisfecho del puesto algo humilde que ocupaba en la corte. Pero en la Universidad de Bonn, en vez de ser un joven como los demás, fué, de pronto, un príncipe rodeado de aduladores.

En aquella atmósfera de servilismo, bajo la influencia de aquel nuevo elemento social, empezó á tomar una actitud menos reservada, á ser más presumido y más belicoso. Gustábale, sobre todo, asistir á los duelos estúpidos que una bárbara costumbre hace como obligatorios entre los estudiantes teutones, y que estaban entonces más en boga que nunca en los centros universitarios de Alemania.

Por el motivo más fútil, por haber desafiado á un camarada á beber vasos de cerveza, por ejemplo, un estudiante tenía que batirse y aun dejarse acuchillar el rostro como ejecutoria de valentía.

En Göttingue y otras ciudades, las reuniones estudiantiles del sábado se empleaban en solventar las querrelas de toda la semana.

Semejantes combates eran con frecuencia atroces, casi siempre peligrosos, y, sin embargo, Guillermo, pálido, nervioso, atento, parecía gozar en la contemplación de aquellos espectáculos horribles en que dos compañeros se acuchillaban bárbaramente; y el príncipe parecía pesaroso..., ¡de no poder desafiar á algún adversario!

Á pesar de la imperfección de su brazo izquierdo, manejaba el sable con bastante habilidad, y la crónica galante pretende que se batió tres veces, saliendo otras tantas vencedor de un torneo en que una mujer de teatro era el disputado galardón.

Las corporaciones de estudiantes son muchas y po-

derosas en Alemania. Á Guillermo le gustaban sus antiguas y extrañas costumbres, y admiraba sus pomposos uniformes. Tomaba parte en sus diversiones, y fué, durante mucho tiempo, socio de una de las más célebres: la *Borussia*, que reclutaba sus miembros principalmente entre los hijos de la nobleza.

Cassel. 1875 April

Rúbrica del príncipe Guillermo puesta en uno de sus libros de estudiante

Por lo demás, la vida de Guillermo en Bonn era ordenada y laboriosa.

En ciertos aniversarios, daba algunas fiestas en su elegante habitación de la calle de Coblenza, pero prefería divertirse en la Borussia, donde cada noche se bebía espumosa cerveza en grande, y se cantaba la belleza de alguna rubia famosa ó la gloria de la patria alemana.

En una de sus ruidosas francachelas, juró atolondradamente, ¡no volver á beber en su vida ni champaña ni vinos franceses!

En 1878, su padre le permitió hacer, durante las vacaciones de Pascua y de riguroso incógnito, una rápida excursión á Francia.

Estuvo quince días en París, que visitó con viva

curiosidad al mismo tiempo que la Exposición Universal. Se hospedaba en el hotel Mirabeau y pasaba el tiempo en visitar monumentos, jardines, museos y todo lo que en la gran ciudad ofrece verdadero interés, sin excluir ciertos restaurants famosos en los anales del sibaritismo, donde con vinos del Rhin le sirvieron ¡legítimo Champaña!

Los historiógrafos que siguieron al príncipe hasta la terminación de sus estudios universitarios en Bonn, concuerdan en presentarlo como un buen muchacho, sin orgullo, inteligente, aficionado á los paseos en bote, á las excursiones por montaña y por mar; generoso, humanitario, compasivo, amante del bien; cualidades que pueden considerarse como herencia paterna.

Por otra parte, nos le presentan como habiendo heredado de su madre toda clase de aptitudes para la música, la pintura, el dibujo y las bellas letras.

Al tener que aprender un oficio, obligatorio en todo príncipe de la casa real de Prusia, elige el de encuadernador.

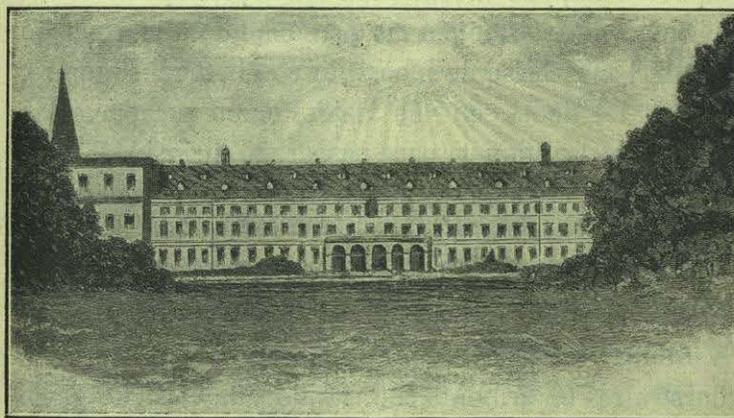
En Bonn, su afición al *canotage* se convierte, merced á la lectura de las obras de Julio Verne, en una verdadera pasión por los viajes remotos, pasión que podrá satisfacer más tarde.

Mientras tanto, su biblioteca de estudiante se enriquece con las fotografías de la flota alemana, y el futuro emperador, grabando en su memoria el nombre y la forma de cada barco, alimenta, con la contemplación de aquellas imágenes, sus insaciables aspiraciones marítimas.

Sus libros favoritos son los clásicos alemanes, y entre los ingleses, los de Dickens, cuyo sentimentalismo

mo hace vibrar una cuerda familiar en su alma. Confiesa que no le disgustan las poesías de Coppée, ni las novelas de Bourget, y se declara aficionado á los clásicos franceses, sin duda por respeto á las aficiones literarias de Federico el Grande, pues manifiesta que no le gusta Racine por insulso.

Á la edad de dieciocho años, nadie es apto para dis-



Universidad de Bonn donde estudió el príncipe Guillermo

tinguir las verdaderas fuentes de sus gustos ó aversiones. El futuro soberano se engañaba de buena fe sobre la causa real de su antipatía por el autor de *Andrómaca*, cuando decía: «¡Esa gente que habla siempre de amor, es un fastidio!» Lo que el príncipe encuentra fastidioso, no es el amor, como no tardará en probarlo, sino la manera sensual con que Racine lo concibe y que choca al soñador platónico que, tres años más tarde, se casará por amor con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein, y que luego se mostrará aún más platónico en sus cortas relaciones con la extravagante y bella condesa de Wedel.

1020000645

Terminados sus estudios universitarios, consagróse enteramente á sus obligaciones militares, y bajo la alta dirección de Bismarck, empezó su aprendizaje político. Pero, al principio, mostróse poco experto en la materia, si hemos de dar crédito á la curiosa anécdota de que se hicieron eco los periódicos satíricos de la época.

Guillermo fué á Viena para visitar á su amigo el príncipe Rodolfo, y se encontró allí con el príncipe de Gales.

Nada divierte tanto á las personas de alta posición como el mezclarse de incógnito con la muchedumbre, y nada les tienta, en sus viajes, como escapar á las trabas de la etiqueta para pasear su curiosidad, estimulada por el peligro ó por el contraste, á través de las sentinas de las capitales.

Los tres príncipes convinieron en ir cierta noche á un tabernucho, frecuentado sobre todo por cocheros. Vestidos y caracterizados en consecuencia, procuraban darse aires en armonía con el sitio y la clase de gente allí reunida. Refanse, con disimulo, de sus cataduras triviales y de su indumentaria grotesca.

Para no descubrirse, tenían que tomar su papel en serio, y sentados á una mesa, echaban de vez en cuando un trago de una mala cerveza, mirando de reojo á sus vecinos, y procurando coger al vuelo alguna frase de su conversación.

En todos los países del mundo, los cocheros son habladores, y para todos los habladores del mundo, no hay tema de conversación como la política. Los cocheros vieneses estaban poniendo como un trazo á su gobierno, cuando á consecuencia de una interpelación familiar de uno de los oradores, el futuro kaiser se vió mezclado en la discusión.

El joven Guillermo replicó con fanfarronería, no sin mostrar que difería notablemente de opinión con su interlocutor. Éste, el más vocinglero, el más enorme y el más congestionado de los aurigas, dirigió al joven audaz una mirada aterradora, y se le acercó con los puños cerrados. Pero, conteniéndose de pronto, y como si desdénase habérselas con tan mediocre adversario, se contentó con decirle, puestas sus manazas encarnadas y velludas sobre los hombros del príncipe:

— ¡Es inútil insistir, muchacho... Tú no entiendes nada de esto... Antes pegarías fuego á un río que comprender algo de política!...

Después de este apóstrofe, los tres compañeros se esquivaron prudentemente de aquel sitio, en que algunos exaltados empezaban á reñir por la política.

Guillermo había retenido en la memoria el número de matriculación del cochero, y, al día siguiente, le mandó una magnífica navaja adornada con su escudo é iniciales, y acompañada de estas líneas á modo de dedicatoria:

*Á un profesor de política
su discípulo de un día
sin rencor.*

Federico Guillermo, príncipe real de Prusia.

Al recibir este regalo, el enorme cochero vienes estuvo á punto de sufrir un ataque de apoplejía, y, durante mucho tiempo, miró con desconfianza á los desconocidos que ponían los pies en su club tabernario.

La política no era todavía la principal ocupación de Guillermo. Lo que le interesaba entonces, sobre todas

las cosas, era la milicia, y tenía empeño en ascender, no por favor, sino por mérito, los diferentes grados de la jerarquía militar.

Desde aquel momento, mostróse apasionado por la disciplina y por todas las virtudes marciales.

Su puntualidad en el servicio causaba la admiración de sus jefes y de sus subordinados.

Como ejemplo de esa puntualidad inquebrantable, se cita la curiosa anécdota siguiente:

La víspera de su casamiento, el príncipe mandaba como capitán una compañía; y mientras, según antigua usanza prusiana, la princesa Augusta Victoria hacía solemnemente su entrada en Berlín, Guillermo se dedicaba en Potsdam á instruir á sus soldados.

El día mismo en que iba á celebrarse la ceremonia religiosa, se presentó en Potsdam otra vez, á las seis de la mañana, con gran sorpresa de sus oficiales.

—Señores,—les dijo el futuro emperador,—no hay nada de que maravillarse, vengó simplemente á cumplir con mi obligación.

Esta obligación era, en aquel momento, imponer á un sargento mayor una condecoración que éste había merecido por su conducta.

Dícese que el condecorado, no menos sorprendido que sus compañeros, no pudo menos de exclamar:

—¡Cuando yo me casé, me dieron ocho días de licencia!

Á esta anécdota, que pinta la puntualidad del príncipe en su servicio militar, se puede añadir esta otra que demuestra su inflexibilidad en materia de disciplina.

Al año de casarse era coronel y mandaba un regimiento. Algunos de sus oficiales habían perdido en el

juego sumas desproporcionadas, y Guillermo les ordenó que abandonasen el casino á que asistían.

Los oficiales se presentaron al emperador Guillermo I y solicitaron de él que influyese con su nieto para que



El príncipe Guillermo y su prometida la princesa Victoria

éste revocase la orden. El emperador les prometió hacer lo que solicitaban. Mandó llamar al príncipe, y le expuso el deseo de los oficiales.

Guillermo, después de oír á su abuelo y antes de contestarle, dirigióle una pregunta.

— Señor,—le dijo,—¿soy todavía coronel de mi regimiento?